

Resignificando el amor

Silvia Susana Gutiérrez Macías

*Perdónate, acéptate, reconócete y ámate;
date una nueva oportunidad. Recuerda que tienes
que vivir contigo mismo para siempre.*

Facundo Cabral

Amor. Del lat. amor, -ōris.

1. m. Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser.

¿Insuficiencia?

Insuficiencia. Del lat. *insufficiētia*.

1. f. Falta de suficiencia.
2. f. Cortedad o escasez de algo.

Buscamos nuestra “suficiencia”, muchas veces, en los lugares incorrectos, como cuando intenté correr para tratar de calmar mi ansiedad, o cuando decidí tomar en exceso, porque pues todos lo hacen ¿no? Me quedé mareada, con cruda, con menos dinero y los mismos problemas, que sólo se encargaron de alimentar el dolor de cabeza.

Mi ansiedad no se iba. Vivía en el descontento crónico, de no poder controlar mi presente, de anhelar el pasado y de estar esperando siempre el futuro: “En una semana, cuando termine este proyecto, todo estará bien, podré dormir, no me despertaré por las noches y estaré tranquila”. Pero llegaba algo nuevo, y nuevo, y nuevo, y el plazo para mi idealizada “felicidad y tranquilidad” se alargaba.



Figura 1. Autorretrato afuera de casa de mis padres. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Mi mamá siempre me dijo que tenía problemas de carácter, que era muy desesperada y brusca. Siempre en busca de no sé qué en los lugares incorrectos, a toda velocidad. Y es que no lograba callar la ansiedad, siempre algo me hacía falta y fue ahí donde me encontró JL.¹

1 Se emplearán estas iniciales para el anonimato de la persona.

Nunca fui muy afín a pensar en el poder mental, no sabía hasta dónde nuestras construcciones mentales nos pueden llevar, hasta que lo conocí. Si hiciéramos una comparativa de tiempo, lo pensé más de lo que estuve con él, no frené mis pensamientos, dejé que fueran, lo creé. Hice de nuestros momentos mis reliquias, y ahora descubro que cumplí a cabalidad la siguiente definición: Idealizar. De ideal e -izar.

1. Verbo transitivo. Elevar las cosas sobre la realidad sensible por medio de la inteligencia o la fantasía.

Me sentía prisionera, en busca de aquella libertad que me separara de la gravedad del planeta y me sacara de la cotidianidad, y vi en JL la oportunidad perfecta.

Con él sentía que tenía el control de mi realidad, aquella donde podía salir un momento de la sobreprotección de mis padres, llegar después de las diez de la noche, decirle que sí a esas reuniones con mis amigos, dejar de preocuparme por tener que dar explicaciones moralmente correctas en cada decisión que tomaba, dejar de sentir que mi libertad estaba condicionada. Y en medio de eso lo vi. Aún pienso en ese primer instante como una pausa eterna. Estudiábamos juntos en la misma universidad, en el mismo centro, los dos con aspiraciones de ser diseñadores, su sueño se esfumó unos años después.

Parado afuera del edificio 90, sostenía un cigarro que se llevó a la boca al mismo tiempo que me miraba y entrecerraba los ojos, en ese momento noté que era el mismo chico que mi amiga me enseñó momentos antes, cuando aburridas de la clase sacó su celular para enseñarme su foto: “Mi novio dice que le gustas mucho, debería de presentártelo”. Era la segunda persona que me enseñaba su fotografía, el fin pasado en un bar, una ruidosa amiga de mi prima se inclinó sobre mi mesa, su cabello rubio cayó hacia delante mientras me mostraba su fotografía en su celular de última generación: “Es que, en serio, te digo que le encantas, mi hermana no lo podía creer”. Y entre todo el tumulto lo conocí, nos enamoramos.

Comenzó como un nuevo amigo en Facebook, después terminamos en uno de los jardines de la universidad viéndonos fijamente y luchando contra el impulso de la contradicción, veía en su mirada una lucha interna por no dar ese primer beso, los dos sabíamos que no habría vuelta atrás, pero lo hicimos, nos perdimos en los ojos del otro y de repente nuestros labios también se

perdieron en el otro. Comenzaron las faltas a clases, los desayunos juntos, los mensajes hasta la madrugada, los besos en rincones de la universidad.

Todo aquello me parecía excitante y prohibido, a JL parecía empezar a aburrirle que no pudiéramos ser capaces de salir del perímetro de la universidad. Aumentó la ansiedad y entonces las mentiras, empecé a sentirme sosa, aburrida. Y sí que mentí, construí una nueva versión de mí misma, sobre la persona que soñaba ser, porque sentía que con él podría. Fingía conocer todas las bandas, canciones y cosas que le gustaban, al punto de que en una clase mi proyecto final fue de su banda favorita.

Desde ese momento me perdí, no dejé de pensarlo, no dejé de admirarlo, de querer ser parte de su mundo, JL representaba la libertad: sin miedo, sin tapujos, sin restricciones, sin ataduras. Al punto de perderme, fui todo aquello que juré jamás ser, que condené, que señalé, quizá por eso ahora no soy tan prejuiciosa, como con la infidelidad, por ejemplo.

Y es que un año antes, otro actor en mi búsqueda de “suficiencia” me engañó con aquella chica con la que compartí un cigarro. Aire refrescando mi rostro y enredando mi cabello, música a todo volumen, mientras me perdía viendo las estrellas recostada en aquel cajón de una vieja camioneta blanca apodada por todos mis amigos como “La lechera”; voces y pequeños murmullos alrededor, sentía el codo de una amiga sobre el mío, sentía el bailoteo de otra enfrente de mí mientras gritaba a todo pulmón el coro de la canción del momento, no sé si era el alcohol o en serio lo sentía, pero casi pude oír cómo se desgarraba la garganta cantando “Teenage Dream” de Katty Perry.

De repente mi nariz sintió de golpe el humo del tabaco, ahí estaba ella, la chica segura y guapa prendiendo un cigarro; se giró hacia mí y me dijo ¿quieres? Respondí negativamente con la cabeza, ella me tomó del brazo insistiendo, “anda, para sellar nuestra amistad”, aún no sé por qué, pero tomé aquel cigarro y dejé que el humo escapara lentamente después por mi boca. Ese cigarro que estuvo antes en su boca, esa boca que estuvo antes en los labios de mi exnovio.

Y ahora yo era la chica del cigarrillo –es que no mencioné antes que estaba en una relación de dos años ¿verdad?–. Cuando conocí a JL yo tenía una relación a distancia con aquel chico que siempre soñé: atento, romántico, alto, guapo, con los mismos gustos, pero siempre respetuoso y esperando a que yo diera el primer paso en todo; y, bueno, fui la primera en ser infiel. Aún siento aquel frío cuando le dije que besé a otro chico en uno de los jardines de la

universidad, se perdió la confianza, se perdió la relación, me seguí perdiendo yo: “No me puedes hacer esto, no puedes terminar conmigo, ¿sabes qué? Yo termino contigo”, dijo con la respiración acelerada, y casi pude oír cómo caían sus lágrimas.

Colgué, en mi habitación oscura sentí como si empezara a hundirme en la cama, como si algo me absorbiera en el piso, una presión inmensa se apoderó de mí, la cabeza estaba a punto de estallarme, el tiempo no pasaba, me quedé suspendida en mis pensamientos, no era parte de mí, me encontraba dividida: mi cuerpo fatigado, después de haberse sacudido violentamente por el llanto ya seco en mis mejillas y mi mente recapitulando todo lo sucedido, no dejaba de pensar en que acababa de ocasionarle a alguien el dolor más grande que alguna vez me ocasionaron a mí. Me sentí tremendamente contrariada, traté de apartarme de los dos, necesitaba un tiempo, necesitaba pensar.

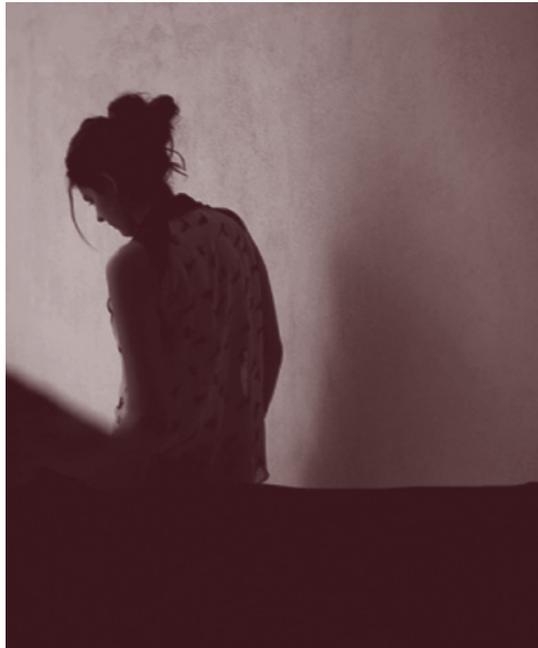


Figura 2. Autorretrato. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Fueron días difíciles, logré apartarme algún tiempo, pero no encontraba mi lugar. Un pensamiento recurrente invadía mi mente: volver a hablar con JL,

el creador de mi contrariedad. En una de aquellas conversaciones nocturnas, donde la oscuridad y la madrugada sirven de cómplices para desinhibirte, le pedí que lo intentáramos, tecleé: “siempre volvemos a lo mismo, no podemos estar el uno sin el otro, deberíamos intentarlo, no sabes cuánto te quiero”, le di enviar. Un frío empezó a recorrerme el cuerpo entero, no podía dejar de ver la pequeña pantalla iluminada y casi incandescente en medio de la oscuridad, mis ojos se clavaron en la leyenda “en línea”, que aparecía debajo de su nombre, luego aparecieron tres puntos, luego desaparecían y aparecían, sentí cómo a causa de ver la pantalla con tanta esperanza de saber la respuesta se me tensó la vista, pero fue como si todo quedará en pausa cuando respondió: “pues deberíamos de quitarnos las ganas y ya, es sólo eso”. ¿Qué?, ¿eso era para él?, ¿no representé nada más?

Jamás me humillé tanto, no me importó que JL cancelará una y mil veces, jamás bajé tanto la guardia, mentiras para justificar mis salidas con él; jamás rompí tantas promesas, me cegué por su luz. No sabía de dónde provenía el brillo, no noté la quemazón, no noté mi desgaste. Me perdí. Lo justifiqué, porque cómo podía yo juzgarlo, yo cometí errores, por qué no perdonar los de él. No me sentía con la capacidad moral de juzgar a nadie ahora.

Existieron advertencias de su parte, no pertenecíamos al mismo canal, pero forcé todo a mi idealización de un mundo con él. Y aun cuando me dijo varias veces que “quería quererme bonito”, no teníamos el mismo concepto de amor. Nos defino dentro de dos de los tres tipos de amor del sociólogo Anthony Giddens (1998, pp. 44-47). *Amor pasión*, delimitado en su mayoría por actos sexuales o acciones dadas momentáneamente, que suscribe con mayor fuerza la relación con la sexualidad y su experiencia se caracteriza por una vivencia de urgencia en el presente que hace que casi siempre entre en conflicto con las rutinas cotidianas. *Amor romántico* donde si bien la sexualidad está incluida, no es el ardor sexual lo que prima sino la idealización del otro, la aprehensión intuitiva de sus cualidades que lleva a concebir la relación con ese otro como la única alternativa de completud del sí mismo.

Yo, una romántica empedernida bien constituida con cimientos de novelas de Jane Austen, me creía esa Elizabeth Bennet inteligente e intuitiva de *Orgullo y prejuicio*, que termina enamorándose de un tipo serio y aparentemente indiferente que al final cede al amor más puro y romántico, porque el amor lo puede todo ¿no? O esas películas hollywoodenses de adolescentes, donde los enamorados terminan escapando de las expectativas de todos, si-

guiendo las de su corazón, para así ceder al “poder” único del amor. Octavio Paz, en su libro *La llama doble*, sostiene que la literatura prepara, retrata y profetiza los cambios sociales y en este sentido la paulatina cristalización de nuestra (occidental) imagen del amor ha sido la obra de los cambios, tanto en las costumbres, como en la poesía, el teatro y la novela.

Siempre existe una constante en esta concepción del amor, el ser amado es el salvador de tu monótona vida, es el mesías que te libraré de tus inseguridades, es el antídoto a todos tus problemas, estos son los engranes del idealizado amor romántico. Tenemos que dejar de buscar soluciones fáciles a nuestras “insuficiencias” en los demás y comenzar a tirar los ladrillos de esta construcción romántica.

A la fecha, no entiendo la percepción de amor de JL, lo veo construido de breves momentos significativos, intensos, pero fugaces. Y quizá eso fue, una estrella fugaz que llenó mi planeta inmóvil de brillo, pero a la que no podía seguirle el paso, la gravedad de mi ética, de mi religión, no me lo permitían. No podía con esos encuentros casuales que él sugería. Y aún no sé cómo fue que terminé en esa situación, cómo me permití amar tanto. Sentía el impulso de llegar a su casa, de enviarle un mensaje diciéndole que sí, aunque no fuera como yo quisiera. No entiendo aún cómo funciona la siguiente palabra:

Percepción. Del lat. *perceptio*, *-ōnis*.

1. f. Acción y efecto de percibir.
2. f. Sensación interior que resulta de una impresión material hecha en nuestros sentidos.
3. f. Conocimiento, idea.

Pero me parece interesante analizar cómo una acción puede ser percibida con efectos tan opuestos en dos personas. ¿Cómo se forma la percepción?

Reflejo directo de los objetos del mundo real que actúan sobre nuestros sentidos. La base de la percepción es la existencia objetiva de los objetos, independientemente de la conciencia humana. Comparada con la sensación que refleja tal o cual propiedad o cualidad del objeto, la percepción tiene la particularidad de reflejar el objeto entero como conjunto y conexión de sus propiedades. La percepción depende en gran parte de la experiencia anterior del sujeto y de su

actitud hacia la cosa que percibe. Un idioma extranjero parece un caos de sonidos a quien lo ignora, pero está lleno de sentido para quien lo comprende. A la actividad de los órganos de los sentidos se asocia la actividad del pensamiento (Rosental y Iudin, 1959, p. 404).

Él me sugería sexo para terminar con esto, “para quitarnos las ganas”. Yo sentía que eso me haría estar en un plano aún mayor de amor, era la única forma de unión que me faltaba, era lo último que no me había quitado, todo lo demás era de él. No podía darle eso, pero aún así no podía estar lejos de él. Jamás sabré cómo está conformada su percepción, ni siquiera pude entender qué representaba para él. Quizá ir en busca de algo nuevo sin siquiera terminar otra relación hizo que nunca pudiera tomarme en serio. Yo ya no podía tomarme en serio.

Forcé la situación hasta que algo en mí se convirtió en cenizas, me esmeré en buscar en ellas el fuego de lo que fuimos, un poco de las brasas iniciales, me hice polvo. Al final, cuando me di cuenta, no sabía quién era yo, consecuencia directa del rechazo:

Rechazar. Del fr. ant. *rechacier*, der. de *chacier*, del m. or. que *cazar*.

1. tr. Forzar a algo o a alguien a que retroceda.
2. tr. Resistir al enemigo, obligándolo a retroceder.
3. tr. Contradecir lo que alguien expresa o no admitir lo que propone u ofrece.
4. tr. Denegar algo que se pide.
5. tr. Mostrar oposición o desprecio a una persona, grupo, comunidad, etc.

Cuando te enfrentas al rechazo, empiezas a cuestionarte ¿por qué?, ¿será que no fui lo suficientemente buena?, ¿qué hice mal?, ¿qué tengo mal? Nunca me ha gustado pensar en el hubiera, decidí darlo todo por última vez, pensé que de alguna manera si luchaba aún más podríamos estar juntos, quería darle fin a la ansiedad constante de querer saber de él, quería que todo me dejara de recordar a él, quería que dejara de doler, dejar de sentir ese vacío en el pecho seguido de llanto nostálgico, no quería que se llevará más de mí. Me aparté de nuevo de JL, pensé que negar su existencia era lo mejor que podía hacer.

Conocí a un nuevo chico, o quizá deba escribir reencontré, cuando yo tenía 11 años lo conocí por primera vez en casa de mis tíos, mi tía política era prima de su papá, éramos de edades similares, por lo que los adultos no dudaron en empezar a decir que hacíamos linda pareja, me sonrojé al instante porque en realidad sí me gustaba aquel niño tapatío, con uniforme de futbol y cejas despeinadas chistosas. Fue tan amable, se acercó despeinado y con una media más arriba que otra a mostrarme su balón. A mí sólo me interesaba él.

Diez años después adquirí mi segundo celular, éste ya tenía la opción de wifi y una cámara nítida, era color rosa y tenía pantalla touch, ¡Por fin podría tener WhatsApp! En una tarde de otoño, procrastinando en casa de mi prima, donde los chismes y chucherías no faltaban, le pedí que me pasara contactos, amablemente me dio acceso libre a su celular, recargué mi cabeza en un cojín de su cama colocando el celular encima de su cabeza con los brazos extendidos, estaba emocionada bajando la pantalla con el dedo de manera efusiva al ver los misterios que me encontraría, y de repente el nombre del niño de las cejas despeinadas con una fotografía actual, mi corazón saltó, no dudé en agregarlo y enviarle un mensaje: “Hola J”, desde ese mensaje hasta la fecha no hemos dejado de hablar, me contestó al instante, sentí cosquillas en el estómago, “mariposas” les llaman, un mes de llamadas nocturnas, mensajes, fotos y coqueteos, dos visitas, una propuesta y un compromiso pactado. Tenemos cuatro años de relación al presente.

Logró calmar mi ansiedad y enseñarme lo que logra el amor hacia los demás y hacia ti mismo, él disfrutaba todos los procesos, siempre iba por ahí bromeando y jugueteando, creando sonrisas. Hizo que me retara a mí misma, que entrara a los laberintos de mi mente y me confrontara.

“Tengo miedo de entrar a la maestría, tengo miedo de que no me acepten, tengo miedo de quedarme sin amigos por mis padres sobrepotectores...”, Fijaba sus ojos de universo en mí (así les digo, porque me encanta que me vea, no tengo respuesta lógica, sólo sé que sus ojos son tan bellos y misteriosos como el universo mismo) y dijo: “Por favor, no tienes por qué tener el control de todo, las decisiones de los demás afectan de manera directa las nuestras, muchas veces no existe mucho que podamos hacer, lucha, da todo de ti, pero no dejes que te afecte a otro nivel si no resulta como quieres”.

Veía cada vez más la luz, nunca había conocido a nadie que me aceptara y me motivara al nivel que él lo hacía, no nos construíamos mutuamente, sino que empezamos a construir algo juntos, era imparable, recuerdo que varias

noches lloré al sentirme tan tremendamente afortunada de sentirme amada y aceptada.

Pero, ¿por qué no había drama? ¿Por qué en mi relación actual era todo tan fácil? Quizá no es amor, el amor cuesta, el amor duele, el amor nos lleva al límite, sentía que JL seguía ahí, era aquel amor platónico idealizado que me llevaba al límite, que me costaba, quizá tendría que luchar por él, porque el amor tiene que doler ¿no? Al pensarlo me sentía tremendamente hipócrita, charlábamos de manera casual y llegamos a coquetear en algunas ocasiones, no quería que pasara lo que pasó antes. Pero tampoco es sano negar lo que sentimos, es por algo y se tiene que llegar al fondo de por qué es así. Le tenía un cariño impresionante aún, no podía seguir con este desgaste emocional, así que confronte a JL.

En este intento el mayor rechazo fue cuando, acompañada de mi mejor amiga de la universidad, fui al restaurante del que era dueño sólo para verlo, lugar al que nunca iría de otra forma. Es uno de esos lugares que te venden el estatus, ubicado en un segundo piso de la nueva plaza comercial de la ciudad en la zona cara. Desde que entré al estacionamiento me sentí fuera de mí, estacionar el coche y caminar hacia el restaurante fueron acciones que realicé en automático, escuchaba la voz de mi amiga como una música de fondo donde los protagonistas eran mis pensamientos, me parecía tan lejano el trayecto de 100 metros que nos separaban del estacionamiento a su restaurante, sólo quería verlo, mi mente no daba crédito a que por fin podría verlo, escucharlo, saber de él.

Mi cuerpo respondía a la tensión, empecé a temblar levemente, unas náuseas terribles se apoderaron de mí, cuando lo vi sentado en la barra con su mirada distraída y su cabello despeinado cayendo levemente sobre su frente todo se fue, era como si me quitaran a un elefante de la espalda, sólo quería llegar y estar en sus brazos, pero me contuve, lo saludé con una terrible sonrisa estática y extraña, ahora me muero de risa de pensar en ese momento, seguramente parecía una psicópata.

Mi amiga y yo nos sentamos en una mesa cerca del balcón, me puse de espaldas hacia donde estaba él, sabía que si estaba de frente no podría dejar de verlo. Al sentarnos, él dejó la barra para saludarnos, fue cordial pero indiferente, como si fuéramos cualquier otro comensal, le pedí su recomendación y claro que la seguí, aunque honestamente jamás la hubiera ordenado.

El mesero llegó amablemente y colocó algunos condimentos, salsas y unos pequeños panes en el centro de la mesa, eran de colores vivos y olores fuertes, mi tensión aumentó, no tenía idea de qué era todo aquello, empecé a ver qué hacía mi amiga y la imitaba, mi mente estaba tremendamente ocupada en mantenerme quieta en aquella mesa donde fingía reírme y parecer divertida, en caso de que JL mirara. En ese momento me sentí sumamente agradecida de que mi amiga extrovertida hablara y hablara durante toda la comida, ayudando a romper un poco la tensión de mi cuerpo, próximo a explotar por tantos sentimientos.

Unos minutos después llegó mi pedido, un baguette, la justificación de este platillo en un lugar como ese, era el enorme corte de carne que el pan tenía en medio. No sabía qué hacer, si comérmelo con las manos o con los elegantes cubiertos que estaban cuidadosamente colocados sobre una servilleta de tela, al final lo dejé enfriar al punto de saber insípido, me sentía contrariada, no me explicaba cómo era posible que no volviera a la mesa para hablar con nosotras, quizá se debía a que era tímido, o quizá lo seguía justificando. Por el miedo de sentir su presencia a dos metros de mí, tardé una hora y media en comerme aquel baguette, cada movimiento que hacía estaba pensando por si él me veía.

Si hubiera sido por mí, sólo habría bañado en salsa el interior del baguette y lo hubiera devorado en 30 minutos, para posteriormente acompañarlo de una cerveza. Pero, ¿qué pensaría JL de mí? Chico de familia adinerada que vive en la zona cara, con viajes al extranjero cada año, y dueño de aquel lugar donde al pedir un baguette te ponen cubiertos, qué tontería ceñirme a este tipo de cosas, pero fue otro intento de que me considerara. Otro intento para entrar en su mundo.

Pedimos la cuenta que mi amiga amablemente pagó, nos dirigimos a la salida, JL fue tan terriblemente indiferente conmigo que sentí que al ir le daba la poca dignidad que me quedaba, y otra vez mi bagaje de referentes del amor me falló, no fue corriendo a recibirme cuando llegué, no hubo detalles ni sonrisas ni el ruego de que me quedara con él, nada... sólo se levantó rápidamente de la barra, nos dio una casual despedida y se ocupó en regresar rápidamente a sus asuntos. Salimos. A los pocos metros voltee en búsqueda de que quizá me siguiera con la mirada... nada de nuevo.

Terminamos tomando una cerveza en el pub continuo, no podía seguir así, después de una cerveza llamé a la mesera y le dije: “¿Ves ese restaurante? Ahí está un chico que me gusta mucho, pasan los años y aún no sé qué significo

para él, siento que es un poco tímido y no habla mucho de sus sentimientos, pero, no sé, ¿tú qué harías?”. Ahora me doy cuenta de que buscaba una extraña esperanza y cuando me dijo que fuera de regreso, lo sentí como mi luz verde, como si alguien encendiera la bengala de mi deseo, y caminé de regreso.

Él seguía sentado en la barra, un poco encorvado, viendo fijamente un documento lleno de números, le toqué el hombro, volteó extrañado y confundido al verme, a lo que nerviosa y rápidamente respondí: “Ah, mi coche tiene un problema, ¿crees que puedas ayudarme?”, apunté al instante el estacionamiento, no podría permitirme llorar enfrente de sus comensales y sus empleados porque sabía lo que pasaría.

Justo cuando llegamos fue evidente que mi coche estaba bien, lo abrí y terminamos dentro sentados, en aquel segundo piso donde se veía un maldito atardecer hermoso que alimentó a mi romántica empedernida. Una última vez dejé mi alma, al inicio tardé mucho en poder articular alguna idea, hasta que entre llanto y suplicas hablé, primero de cosas triviales, mientras calmaba el temblor de mi cuerpo: “¿Ya viste el colgante que tiene mi espejo retrovisor? es un tiburón, ¿está ‘padre’, verdad?”. JL respondió con una sonrisa mientras apretaba levemente el colgante de peluche, tomé fuerza, inhalé, exhalé y escupí la siguiente frase sin pensarla: “Tengo una relación de cuatro años, siento que en cualquier momento mi novio me propondrá matrimonio, cuando yo digo sí a algo es sí, no quiero dejar nada en el hubiera”, no dejaba de mirarme, no podía descifrar aquella mirada, pero creo que estaba hartó. Continué con la explicación de que todas las canciones de mi muro de Facebook eran para él, que lo pensaba de manera constante, que amaba a mi novio actual, pero que él tenía algo especial, era la única razón que me detendría a decir sí cuando me propusiera matrimonio.

No dije ni una sola palabra después de que me abrí como nunca en ese coche, los dos vimos el atardecer, nada, sólo el pesado silencio, su mirada clavada en el piso, mis lágrimas rodando por mis mejillas y otra vez forzando la respuesta que quería, le dije: “¿Qué soy para ti?”, más peso del silencio y después el puñal: “Te quiero, pero como una amiga”. De repente la gravedad aumentó, cada movimiento me parecía extremadamente difícil, no dudé en decirle que se bajara del coche, mientras yo salía rápidamente de regreso al pub con mi amiga, caminé sin mirar atrás, sentía como si avanzara y mis movimientos se hicieran en la mitad del tiempo.

* * * *

Como era costumbre, casi una vez al año, al revisar mis contactos, lo eliminé de todas las redes. Meses sin saber el uno del otro y, como siempre, después la excusa tonta para volver a hablarle. Me da miedo pensar en el poder de mi mente para crear un sentimiento tan fuerte que todo lo da de manera ciega, que se entrega, que quiere lo mejor para el otro, aunque no se reciba nada, que por migajas de esperanza se mantiene ahí a la esquina de la mesa esperando que algo caiga, ese sentimiento que creí amor. Ludditas Sexxxuales (2013) enumera la posición de la mujer en el amor romántico, de la siguiente manera:

Increíble capacidad femenina para:

1. Sentirse mal por amor.
2. Dejarse absorber/arrastrar por ese sentirse mal.
3. Que la obsesión amorosa se lo coma todo.
4. Reverberar.
5. Brindarse auto-satisfacción instantánea.
6. Dejarse llevar por el drama.

Dejarse arrastrar por el tren de dar “amor” es más fácil que la autoconstrucción, pero claro que tampoco es tan sorprendente que yo estuviera en esta posición, si mi referente más cercano de amor es aquella imagen romántica que lleva construyéndose ya varias décadas, que define al amor como esa “fuerza ciega” de dar todo por el ser amado; mis dos abuelas abnegadas a los deseos de sus maridos, a costa de los suyos, una tuvo doce hijos de manera consecutiva sin desearlo, otra soportó el alcoholismo de mi abuelo por años, pero siempre las dos listas para servir el siguiente deseo en la lista de sus maridos, porque eso es amor ¿no? ¡Es todo lo contrario! Ocho años tuvieron que pasar para que me diera cuenta de que tenía que valorar lo que tenía, cambiar mis referentes y resignificar mis significados.

Todos estamos constantemente resignificando, hubo un punto donde nuestros significados estaban en la misma página del diccionario, y ahí me quedé tratando de pausar el tiempo, JL era mi oasis, esa significación era mi oasis. Cuando me dijo que sólo me veía como una amiga, el oasis se inundó, sentía el agua hasta la garganta, pero siempre tenía la cabeza en alto, ahora sé que era para no ahogarme, no porque todo fuera bien. Cuando yo dejaba todo para estar con él: clases, amigos, a mi pareja, y cancelaba al final, ahí estaba yo arreglando el oasis, le cambiaba algunas letras a mi significado

para que todo siguiera “igual”, estas acciones calmaban mi ansiedad de manera momentánea, pero no de raíz.

JL era mi calmante, pero sabía que tenía que seguir y confrontarme a mí misma. ¿Por qué buscaba mi libertad en él? ¿Por qué no abría mi camino y moldeaba mi propia libertad? Pues porque es sumamente difícil y doloroso confrontarse a sí mismo, lo más fácil para mí era querer tener su libertad, al estar con él podría tener lo que él tiene, lo que él vive. Y eso es terriblemente egoísta. Ahora tengo más poder sobre mi mente, la ansiedad va disminuyendo, he aprendido a ser más objetiva.

Quizá si ambos hubiéramos sido auténticos esto no hubiera pasado. Odio esa palabra “hubiera”, intenté hablar con él varias veces, pero creo que siempre fuimos extraños. ¿Es raro? Me esforcé tanto por estar en su radar que al final no sé hasta qué punto me conoció realmente. He empezado a emplear la resignificación como eje rector de mi vida en búsqueda de terminar con mi ansiedad. Cazau Pablo (2000) la define como:

El equivalente psicoanalítico de los viajes a través del tiempo de la ciencia-ficción [...] el deseo del hombre de rehacer algo mal hecho. Tal vez lo repetitivo del síntoma obedezca a volver ilusoriamente al pasado para revolverlo y resolverlo. En el viaje al pasado se modifica físicamente el acontecimiento pretérito, mientras que en la resignificación se lo modifica psicológicamente.

Esta historia tiene que ser resignificada o tiene que ser vista de manera objetiva. La verdad es que él me encontró buscando algo que nunca perdí. Aquí no existen héroes ni villanos, ni el bien ni el mal. Existen los acuerdos. Yo esperaba en él una “suficiencia” que no podía encontrar, porque esa “suficiencia” era amor hacia mí misma. Buscaba respuestas que sólo podía conseguir dándome tiempo para mí. Descubriéndome, cuidándome, aceptándome, para mostrarme a los demás sin tapujos. No es correcto exigir o conseguir libertad por medio de una persona, yo tenía que ganarme mi propia libertad.

Ahora es cuando empiezo a aceptar mi ansiedad, a ver su origen, dejé de alimentarla con mis inseguridades, de tomar las decisiones que los demás dictaban como correctas, pero que a mí me contrariaban, me dolían.

Voy venciendo uno a uno los elementos que conforman mi ansiedad. La paciencia ha sido la clave, al ser una persona tan sentimental dejaba que el sentimiento en turno hiciera de las suyas dejando de centrarme en mí y viendo

más por los demás. Ahora sé que siempre tuve las respuestas, sólo tenía que bajar el ritmo y buscar en el lugar correcto.



Figura 3. Octubre, 2019. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Entre tantas voces, entre tanto ruido, entre tantas personas, no sabemos dónde encontrarnos, no encontramos “suficiencia”, no encontramos amor, creo que podría resumir mi aprendizaje con el breve poema de Zab G. Andrade (2018): “Buscas amor porque no has descubierto que eres amor, cuando lo descubras dejarás de buscarlo y empezarás a buscar con quien compartirlo”.

Y es el problema regresando a la definición inicial de amor, ¿en serio el amor sólo se puede lograr al unirse con otro ser? Pues yo creo que no, como Zab describe, primero tienes que tener plena confianza en tus convicciones, en quién eres y a dónde vas, cuidarte física y emocionalmente, alejarte de cosas tóxicas e ir siempre en pro de tus sueños, es ahí donde empieza el amor. Y es ahí donde quizá encuentres a otro que esté en tu misma línea.

Traté de controlar cada situación para obtener el resultado que yo quería, cuando yo quería y como quería, sólo así podía calmar mi ansiedad. Pero, ¿qué es lo peor que puede pasar? No soy el centro del universo. No tengo por qué controlar todo, ni preocuparme por todos. Aunque suene egocéntrico, tenía que preocuparme por mí. ¿Qué quería en realidad? ¿Por qué lo quería? ¿Es realmente lo que quería? ¿En serio lo amé? ¿Qué era lo que amaba de él? Quizá si hubiera empezado por planteármelo desde ahí, podría haber funcionado, no lo sé.

Al ser una estudiante foránea, constantemente llegaba temprano a la universidad, tenía que esperar varios días a la semana una hora en la biblioteca el inicio de mis clases, JL se percató de esto y muchas veces me hizo compañía. Quién diría que cinco años después estoy escribiendo esto en esa misma biblioteca, lo imagino entrando y sonriéndome justo cuando nuestras miradas se encuentran. Que el pasado se quede en el pasado.

El problema aquí es que el amor no es un salvavidas, no es un oasis a tu existencia. No son dos medias naranjas complementándose. Tienen que ser dos enteros en busca de construir algo.

Tú le das el peso que quieras a las situaciones, tú sabes hasta qué punto te afectan, tú les das el significado que quieres darles y, si bien quizá inicialmente exista una convergencia con alguien en un significado, todo está en transformación constante, somos agentes de cambio. Cada día cambiamos nuestra perspectiva, cada día renace un ser nuevo, y así tenemos que estar constantemente resignificando todo, la vida es una resignificación constante y el amor es la más grande prueba: el amor puede nacer, crecer, quedarse estático como suspendido en el tiempo o puede morir, morir en su significación de amor y convertirse en cariño, quizá. En el peor de los casos se vuelve odio y resentimiento, en forma de un caparazón que teme volver a caer en aquel amor cegador. En la vulnerabilidad de amar.

Y quizá también sea un poco eso: ¿a cuántas personas en mi vida les he dicho que las amo?, ¿a cuántas realmente amé? Con qué ligereza tomamos aquello que parecen ser dos vocales y una consonante. La primera vez que le dije “te amo” a alguien fue a aquel chico al que corté a los dos meses, aún recuerdo su mensaje de sms al responder a mi “te amo”: “pues yo te quiero mucho, pero aún no te amo”, quizá él sí sabía el verdadero valor de esa palabra, lo que conlleva y lo que uno da. El segundo fue aquel chico que me engañó con la chica del cigarro. ¿Cuántos “te amo” seguiría desgastando?, ¿o era quizá

la emoción de decir esa palabra? De verdad estar diciendo aquello por lo que la gente muere, aquello que todos anhelan sentir. Pues no fue suficiente, lo dije una vez más a ese chico al que engañé con JL.

Otro factor que no ayudó mucho fue la memoria, el cómo yo recordaba todo. Se tiene que entender que la memoria es una trampa en algunas ocasiones, ya que por las significaciones que le damos a ciertos sucesos perdemos la objetividad. Es Maurice Halbwachs el primero en plantear el concepto de memoria a finales de la década de los veinte, desde ese entonces el concepto ha mutado para convertirse hoy en día en parte de la problemática social:

A la memoria se le da mayor credibilidad debido a que se basa en la verdad de las vivencias de un individuo, es la reconstrucción de sucesos expresados por medio de sentimientos, “es la verdad de lo vivido y de lo recordado –recuerdo del dolor, de la opresión, de la humillación, del olvido–, cualquiera sea, en síntesis, la parte de la reconstrucción y reconducción de esta memoria” (en Nora, 2002, p. 30).

Uno de los problemas que puede existir es el abuso de la memoria, donde ésta es incorporada a la constitución de la identidad, enseñada e institucionalizada, y a este manejo de la memoria forzada se le agregan las conmemoraciones convenidas, que se producen por medio de la memorización. Al final, se trata de distinguir entre ficción y recuerdo, debido a que no podemos confirmar los recuerdos de un tercero, la mayoría de las ocasiones: “En el vínculo con el pasado es tan necesario el nexo directo de la memoria como la ambición de verdad de la historia” (Lythgoe, 2004, p. 90).

Pero existe un vínculo entre memoria e imaginación, una trampa de lo imaginario, que desacredita a la memoria: “esta conjugación entre estimulación (externa) y similitud (interna), permanecerá para nosotros como la cruz de toda la problemática de la memoria” (Ricoeur, 2000, p. 24). Este es otro problema al momento de resignificar, el cómo recordamos, el sentido que le damos a nuestras vivencias. Yo, al creer que mis percepciones de la realidad eran erróneas, traté de hablar con él en varias ocasiones para que me diera su versión y así constituir una realidad más íntegra. Nunca pasó.

Ahora es cuando me doy cuenta de que todo lleva un proceso, que la vida es corta, sí, pero que mi ansiedad constante no creará esos momentos que tanto anhelo; al contrario, asfixia esas oportunidades de crear momentos inol-

vidables. La ansiedad me mató, alimentada por una idealización constante. Como cuando ves a alguien que físicamente despierta algo en ti y en seguida, al descubrir su apellido, lo combinas con el tuyo soñando en aquel lugar de revista donde van a vivir y resulta que al cabrón le gusta tu prima.

Mis inseguridades por no lograr aquello que quiero en mi breve juventud fue lo que me llevó a mi ansiedad, la vejez es aquello a lo que más temo, luchar toda mi vida para ser independiente, para tomar mis decisiones, para finalmente terminar aislada de este mundo por la sordera que seguramente heredaré de la familia de mi padre, y que quizá sea prematura por el constante uso de audífonos día y noche, o por aquellas veces que casi reviento las bocinas de mi coche mientras cantaba bañada en lágrimas en la autopista camino a la escuela, reproduciendo las canciones que le dediqué a JL.



Figura 4. Buganvillea del rancho de mi abuela paterna. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Pero, ¿por qué sólo ir en busca de los resultados? El proceso también es importante, decidí que tengo que aprender a disfrutarlo y no sólo fijar mi

atención e ilusiones en conseguir el resultado final. El proceso es en lo que invertimos más tiempo y es lo más valioso que tenemos.

El tiempo mantiene su ritmo constante, cada segundo dura lo que tiene que durar. No se puede forzar el presente. El ejemplo más claro es la naturaleza, no se puede someter el crecimiento de una flor a voluntad, puedes colocarle fertilizantes u otros estimulantes, pero si no es algo natural terminará creciendo, aunque algo se perderá en ella, no será la que está destinada a ser, sino la que quieren que sean.

Recordar que nosotros tenemos el poder de conferirle a los sucesos su significado, creo que es la mejor lección que puedo dar, porque fue la que más me dolió, donde más me he contrariado, donde más me he perdido, donde más me he salido de mi piel.

Lo quise, ¿él me quiso? Un beso, otro beso, varias canciones, los celos, las mentiras, las ganas de que me aceptara, el abismo y es ahí en la oscuridad, justo en el fondo, donde aprendes a reconocer las luces, donde comienzas a sanar tan lentamente que te preguntas cuánto durará la agonía. Un día te despiertas y lo entiendes, comprendes el verdadero significado. Pero esto llegó cuando menos lo pensé, como siempre, todo tiene su tiempo. El amor, los momentos, lo que fue. Encontré el nuevo significado.



Figura 5. Cielo del rancho de mi padre. Fotografía: Silvia Susana Gutiérrez Macías.

Referencias

- Andrade, Z. (2018, mayo 24). Zabgandrade [comentarios de registro web]. Recuperado de: https://deskgram.net/zabgandrade?next_id=1861411423937049655_4048296516.
- Cazau, P. (2000). Vocabulario de psicología-redpsicología. Recuperado de: <https://glosarios.servidor-alicante.com/psicologia/resignificacion>.
- Giddens, A. (1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. España: Cátedra.
- Nora, P. (2002). Puor une histoire au second degré. *Le débat* (122), 24-31.
- Paz, O. (1997). *La llama doble*. Barcelona: Galaxia.
- Ludditas Sexxxuales (2013). *Ética amatoria del deseo libertario y las afectaciones libres y alegres*. Milena Caserola.
- Lythgoe, E. (2016). Consideraciones sobre la relación historia-memoria en Paul Ricoeur. *Revista de Filosofía*, 60, 79-92. Recuperado de: <https://revistafilosofia.uchile.cl/index.php/RDF/article/view/43597/45617>.
- Ricoeur, P. (2000). *La mémoire, l'histoire, l'oublié*. París: Seuil.
- Rosental, M. & Ludin, P. (1959). *Diccionario filosófico abreviado*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.